

LOS “CRISTIANOS POR EL SOCIALISMO”

José Aldunate, SJ
Noviembre de 2012

Hacia falta una mirada histórica a la experiencia que vivieron un grupo de sacerdotes, religiosos y laicos en el período del Gobierno de Salvador Allende. Agradecemos al P. Aldunate esta valiosa reflexión que seguramente motivará a otros estudiosos a completar la tarea de conocer los orígenes y postulados que inspiraron a los “Cristianos por el Socialismo”.

En el contexto de la contienda electoral al final de la administración de Frei Montalva (1970) surgió en los ambientes eclesiales un movimiento religioso-político: “Cristianos por el Socialismo”. Había naturalmente cristianos por la Derecha: (el candidato era Jorge Alessandri), los había por la Democracia Cristiana (Radomiro Tomic). Lo original era que se constituyera un movimiento de cristianos e incluso sacerdotes que abiertamente se proclamaran partidarios de Salvador Allende, candidato de los socialistas. A mi juicio esta proclamación rompió una larga tradición eclesial, abrió el camino para un cristianismo de izquierda y preparó la escena de una concertación entre cristianos y socialistas que se mantuvo cerca de dos década gobernando el país. Por tanto valdría la pena examinar este hecho histórico.

En este escrito recordaremos el hecho de la constitución de los “Cristianos por el Socialismo”, colocándolo dentro de su contexto histórico. Miraremos el socialismo desde la perspectiva de la Doctrina Social de la Iglesia. Y luego desde el enfoque renovado del Concilio Vaticano II y de Paulo VI. Finalmente quisiéramos vincular este gesto de los “Cristianos por el Socialismo” con la consolidación de un “Cristianismo Popular”.

I. La constitución de los “Cristianos por el Socialismo”

Fue a mediados de 1971 que se formalizó el grupo. Actuaron antes los “80”, ochenta sacerdotes que se unieron para apoyar a Salvador Allende y a la Unidad Popular en su gobierno. Después este grupo se amplió para dar lugar a todo el mundo. Sin duda que algunos de estos “cristianos” habían votado por el socialista Allende el 4 de Septiembre de 1970 cuando salió con la primera mayoría.

Entre los “80” y los Cristianos por el Socialismo había Teólogos de la Liberación como Fernando Castillo Lagarrigue, Pablo Richard, Ronaldo Muñoz, Pablo Fontaine. Había sacerdotes, religiosas y agentes pastorales (algunos de ellos extranjeros) dedicados a los sectores más pobre y marginados del país. Actuó como coordinador el jesuita Gonzalo Arroyo. El hecho de que cristianos como tales apoyaran el socialismo resultó insólito y hasta desafiante en una Iglesia que tradicionalmente se había mostrado tan contraria al socialismo. Ya hablaremos más largamente de esta tradición. Y efectivamente este hecho desagradó y preocupó a los obispos católicos en Chile y repercutió fuertemente en otras iglesias de Latinoamérica.

En Abril de 1972 se efectuó un Congreso Internacional de Cristianos por el Socialismo con 300 delegados de otros países y 2.000 participantes. Ningún obispo chileno tomó parte, a pesar de estar todos invitados.

Para evaluar definitivamente esta iniciativa –la de los Cristianos por el Socialismo- habrá que tomar en cuenta y ponderar otras circunstancias, como lo haremos más adelante. Sobre todo habrá que tener en cuenta los tiempos históricos, esa decisiva década del “60” marcada por acontecimientos tan trascendentales como el Concilio Vaticano II, la Teología de la Liberación y la Conferencia de Medellín, y en nuestra política nacional por el triunfo de Salvador Allende en Septiembre de 1970.

II. Actitud tradicional de la Iglesia frente al Socialismo

El socialismo surgió con el Movimiento Obrero en reacción a los males sociales provocados por la Revolución Industrial. La Iglesia estaba en otra: o bien con la antigua aristocracia o plegándose a la nueva burguesía. En el siglo XIX, socialismo e iglesia católica se repudiaban mutuamente. Más todavía por el influjo creciente del marxismo sobre el mismo socialismo.

La Iglesia quiso asumir el “Problema obrero” y para esto desarrolló toda una “Doctrina Social de la Iglesia” a partir de 1891 con León XIII (Encíclica “*Rerum Novarum*”). Durante 70 años, los Papas desplegaron sucesivamente esta “Doctrina”, pero constantemente rechazaron toda solución socialista. Al comunismo lo declararon “intrínsecamente perverso” y al socialismo, incompatible con la fe cristiana. Se llegó a excomulgar a los que colaboraran con el comunismo.

Pero la década del “60” trajo novedades. El Concilio Vaticano II puso un nuevo enfoque, ya no ideológico sino histórico. Juan XXIII en “*Pacem in Terris*” distingue la doctrina, de la praxis histórica, por lo que los cristianos podrían participar en Partidos Socialistas o Comunistas. Pablo VI habla del fin de las ideologías y ya no quiere hablar del pensamiento social de la Iglesia como una “doctrina” “*Populorum progressio*” y *Octogessimo anno*” documentos de Paulo VI, y los Sínodos Romanos de 1971 y 1973 ponen a la Iglesia frente a responsabilidades temporales.

Todo esto tuvo repercusión en nuestra Iglesia Católica en Chile

III. La Iglesia Católica Chilena y los Socialismos

La Iglesia chilena, naturalmente reprodujo la reprobación doctrinal y práctica de Roma frente a los socialismos, hasta el Concilio. Con dos particularidades que podríamos anotar.

La primera fue la norma contenida en la carta del Secretario de Estado de Pío XI, Eugenio Pacelli, un documento recibido por nuestro Episcopado de parte del que llegaría a ser Pío XII. La norma prescribía para la Iglesia chilena una neutralidad política. Ella no debía abanderarse con ningún partido político. Se trataba prácticamente de que pusiera fin a su alianza con el Partido Conservador.

El segundo episodio significativo fue una reprobación que hizo la autoridad eclesiástica de Santiago al naciente Partido Demócrata Cristiano por su apoyo a la derogación de una Ley que proscribía al Partido Comunista. Se invocó la excomunión decretada en Roma contra los colaboradores del comunismo. La intervención de Monseñor Manuel Larraín a favor del joven partido salvó la situación.

Llegó la década del 60 y nuestros obispos delegados participaron muy activamente en el magno evento del Concilio Vaticano II. Las innovaciones asimiladas en el concilio les permitieron ser comprensivos con el socialismo que triunfó en Chile democráticamente y con los propios Cristianos por el Socialismo. Pero toda proximidad con el marxismo y toda vinculación con él quedaba excluido. Se elaboró un documento “Evangelio, Política y Socialismos” que refleja claramente estas notas.

En definitiva, la actitud general de nuestra jerarquía con el socialismo fue bivalente:

- a) Mantuvo una desconfianza básica. Esta venía de antes, de la tradición y de la formación personal de cada cual. Esta desconfianza predominó durante el gobierno socialista y se mantuvo afianzada por posiciones ideológicas muy arraigadas. Podríamos aportar mil gestos que revelan esta desconfianza básica.
- b) Mantuvo relaciones oficiales normales y amigables. Sin duda en ello influyó la posición vaticana, el Concilio, Juan XXIII y todas las actuaciones de Pablo VI.

Por otra parte, la Iglesia chilena llevaba una larga tradición de relacionarse positivamente con todos los gobiernos, de cualquier color que fueran. Ella misma declaró un día que, si el Estado se separaba de ella, ella no se separaba del Estado sino que estaría siempre disponible para ayudar al pueblo chileno.

Así el Cardenal Raúl Silva, que recibió con tanto temor la noticia del triunfo de Salvador Allende, ha declarado en sus memorias que siempre se entendió con él. Sin embargo, sus relaciones con los Cristianos por el Socialismo no fueron buenas. Sobre todo, don Raúl no podía admitir que sacerdotes y religiosos se abanderaran con un partido político, el socialista. “No quiero clericalismos, ni de derecha ni de izquierda” decía. Además, no se puede negar que hubo intemperancia y exageraciones de parte de los Cristianos por el Socialismo. El golpe militar fue recibido al comienzo con alivio por parte del conjunto de nuestro Episcopado.

Queremos ahora ver su significación con una mirada retrospectiva. Hay mucho material elaborado y para invitar a los estudiosos a una más profunda reflexión, pondré al final una síntesis bibliográfica.

IV. Nace en Chile una “Iglesia de Izquierda”

Mi tesis es que los Cristianos por el Socialismo han contribuido a un fenómeno más profundo y significativo que una simple apertura política. Este fenómeno podría caracterizarse como el surgimiento de una “Iglesia de Izquierda”.

Fernando Castillo Lagarrigue, en un valioso librito, usa otra denominación (cfr. nota bibliográfica): la de “Iglesia Liberadora”. Distingue en Chile una Iglesia conservadora, una Iglesia modernizada y una Iglesia liberadora.

Yo prefiero las denominaciones: catolicismo de derecha, de centro y de izquierda, pero no les doy un significado político, sino uno analógico.

En las décadas de los 40, 50 y 60, frente a una Iglesia muy conservadora y tradicional, surgió una corriente renovadora un tanto conexas con la naciente Democracia Cristiana, que preparó y acompañó en Chile el *aggiornamento Vaticano II*. En las décadas siguientes, 70 y 80, lo decimos nosotros, surgió un nuevo catolicismo que podríamos llamar “Popular”. Aunque puede vincularse en parte con la Unidad Popular y el Socialismo, en sí los trasciende enteramente.

Así, han quedado conviviendo, bajo la única institución de la Iglesia católica chilena, tres corrientes; la conservadora, la renovada y la popular o “liberadora”. Siempre ha sido el pueblo objeto de evangelización. Lo decisivo para el surgimiento de un catolicismo popular, ha sido el paso del pueblo de la situación de mero objeto a la de sujeto de su propia evangelización.

A esto han contribuido varios factores.

Uno de ellos fue el nacimiento de los Cristianos por el Socialismo. Pero más profundamente habría que mencionar la experiencia de la Iglesia con el Concilio y Paulo VI, y la de la Iglesia chilena con Allende y la dictadura. Y, muy particularmente la Teología de la Liberación y la Conferencia de Medellín (1968).

Una expresión de este cambio ha sido la historia de las Comunidades de Base. Estas se caracterizan precisamente porque en ellas, la Comunidad de Base pasa a asumir la responsabilidad primera de la evangelización. Se rompe la estructura verticalista y clerical de la Parroquia tradicional. Se dan otras muchas y variadas expresiones. Una, por ejemplo, la referida a la declaración vaticana: “*la Iglesia es el Pueblo de Dios*”.

El movimiento de las Comunidades de Base fue apoyado por la Iglesia chilena en los años 60 y 70. En Brasil y Centroamérica alcanzaron gran desarrollo e influencia. Acá mismo en Santiago hubo una Coordinadora de Comunidades que, a pesar de cierta represión, pudo desarrollar valiosas actividades. Pero el Cardenal Fresno puso a las Comunidades de Base bajo la jurisdicción directa de un Vicario episcopal. Nuevas generaciones de párrocos impusieron estructuras verticalistas y, desde Roma soplaron también otros vientos que desconfiaban a priori de la Teología de la Liberación.

Lo que hemos llamado “Catolicismo Popular”, ha quedado un tanto soterrado y reducido a sus antiguos moldes, devociones y cultos. Sin embargo pienso que lo que floreció un tiempo no puede desaparecer ni borrarse. Hay semillas y si se mira bien, están brotando. Hay iniciativas y aún movimientos laicales que llevan las características de un catolicismo popular o, en la terminología de Fernando Castillo, de una Iglesia liberadora.

Un primer resultado de los Cristianos por el Socialismo fue, a mi juicio:

- a) Legitimación de una corriente de izquierda en la Iglesia. Por ese tiempo se constituyeron pequeños partidos como el MAPU, la Izquierda Cristiana y otros movimientos en que militaban cristianos comprometidos. Pero los Cristianos por el Socialismo planteaban el tema en forma más sustantiva y directa. De hecho la experiencia tuvo una repercusión continental: se puede ser cristiano y socialista, cristiano y de izquierda. Se podía colaborar con estas facciones.
- b) Esto comportaba otro enfoque ético y teológico. La superación de las ideologías y la prevalencia de la praxis utópica en la línea anunciada por Paulo VI. En esta acción conjunta se desvanecían las mutuas acusaciones de “ideología intrínsecamente perversa” y “religión opio del pueblo”.
- c) Un importante logro que trasciende lo político y lo ideológico fue la constitución de lo que se ha llamado, “una Iglesia liberadora”. La Iglesia Católica es una, pero puede desarrollar diversas virtualidades. Una virtualidad unitiva, otra centralista y una tercera liberadora de los sectores que sufren pobreza y marginación.

En esta misma línea va la Teología de la Liberación y la opción por los pobres tan acentuada en la Conferencia Episcopal de Medellín y, aún ratificada recientemente en Aparecida.

Precisamente el ámbito de los más postergados del país que habían puesto su esperanza en el socialismo, era un lugar teológico desde el cual se podía entender mejor un Dios liberador y nuestra tarea de promover al empobrecido y recrear un mundo solidario signo del Reino de Dios.

En resumidas cuentas los Cristianos por el Socialismo tuvieron, como lo indican teólogos e historiadores, sus errores y sus limitaciones. Para algunos, buscaban con ello solo objetivos políticos o ideológicos. Pero de hecho rompieron moldes en consonancia con la modernización del Concilio Vaticano II y no solamente para Chile sino también para Latinoamérica. Abrió un espacio para la Teología de la Liberación dando así una profundidad teológica a la opción por los pobres. Permitted un fraternal diálogo con movimientos políticos y comunidades religiosas. Y son estas comunicaciones, como lo hemos insinuado, las que han facilitado la *Concertación de partidos cristianos y socialistas* que gobernó a Chile por 17 años.

BIBLIOGRAFÍA:

- **Autores varios** “Crónicas de una Iglesia Liberadora”, Ed. LOM, 2000, Santiago de Chile.
- **Documentos del Episcopado de Chile 1970-1973**, Ed. Mundo, Santiago (Evangelio, Política y Socialismo).
- **Dominique Chenu OP.** “La Doctrine Sociale de l’Eglise comme Idéologie”. Edit. Cerf, París 1979.

- **Fernando Castillo Lagarrigue**, “Iglesia Liberadora y Política”, Ed. ECO, Santiago de Chile.
- **Jaime Escobar**, “Persecución a la Iglesia en Chile”, Ed. Terra Nova, 1986, Santiago de Chile.
- **Mons. Jorge Hourton**, “Combate Cristiano por la Democracia 1973-1987”, Ed. CESOC, Santiago de Chile 1987.